

MI PODER

Aquella mañana me levanté a las siete y media, como todas las días. Entré al baño, luego a la cocina a desayunar un vaso de leche y posteriormente entré en mi habitación para vestirme. Salí de mi cuarto, cerré la puerta, pero la volví abrir porque me pareció ver algo extraño en una de las esquinas de mi dormitorio que no había habitualmente. Pero allí no había nada.

Más tarde cogí la mochila y me dirigí a a la parada del autobús. En la parada estaban las mismas personas que todas las días, entonces me pareció volver a ver algo que tampoco solía estar en aquel lugar. Justo debajo de la farola de la otra calle. Pero volví a mirar y allí no había nada.

El autobús llegó, me subí, busqué un sitio para sentarme, pero como siempre, están todas las sitios de la parte trasera ocupados debido a que mi parada es la última de todas. Así que me tuve que sentar en uno de los de delante.

A las ocho y cinco llegamos al instituto como todas las días. Me puse a hablar con mis amigos. No sé por qué pero mi mirada se dirigió a uno de los árboles del recinto escolar: un manzano y, a su lado, sí que vi algo, pero esta vez de verdad. Parpadé un segundo y desapareció. Ahora sí que estaba seguro de que había visto algo: era como una persona, pero no una persona normal, tenía rasgos humanos y a la vez no.

Estuve durante toda la mañana pensando en lo que había visto, bueno, toda la mañana hasta la cuarta hora, en Lengua, allí fue cuando lo vi detenidamente por primera vez.

Todo iba normal, como siempre, hasta que me dio por echar un vistazo a la clase. Y allí estaba aquel extraño ser, en una de las esquinas traseras del aula.

Al principio no supe como reaccionar, pero me limité a mirarlo fijamente.

Tenía forma humana, medía metro noventa, tenía la piel de color gris. Sus ojos eran redondos, de color rojo y me miraban de soslayo. El pelo era oscuro y alborotado. Unas orejas aparentemente normales, en una de ellas colgaba un pendiente con forma de calavera. Su nariz era deforme. Y tenía una gran boca con finos dientes que parecían muy afilados. Tenía una vestimenta muy extraña, parecía que formaba parte de su piel.

Yo le pregunté a mi compañero:

-¿Tío, ves al tipo de la esquina de detrás?

El me respondió:

-¡Tío, tú alucinas! ¡Ahí no hay nada!

Persistí:

- Aver, en serio, ¿no lo ves?

El enfadado dijo:

- ¡Tío, déjame en paz! ¡Estás loco! ¡Ahí no hay nada!

Le pregunté a más compañeros pero ellas tampoco lo veían.

Empecé a pensar que estaba loco, que era producto de mi imaginación. Yo sabía que lo que veía lo veía de verdad, no era producto de mi imaginación.

El ser existía pero solo lo podía ver yo.

La mañana transcurrió y el ser me seguía. Tenía miedo y a la vez sentía curiosidad.

En uno de los recreos el abusón del instituto se metió conmigo.

En esos momentos es lo único que pensaba era que ese chaval desapareciera para que me dejara en paz de una vez. El ser, que aún me seguía, pronunció unas palabras y el abusón cayó inerte al suelo. Vino la enfermera del instituto, le tomó el pulso y vio que estaba muerto.

Comencé a comprender la función de ese ser, hacía realidad todo lo que deseaba o quisiera.

Seguí usando este poder durante tres años hasta que por una discusión estúpida con mis padres hice que el ser los matara y eso me llevó a la locura.

Ya hace treinta años que estoy en este hospital psiquiátrico y me prometía mí mismo que jamás volvería a usar este poder. El ser aún sigue aquí conmigo y aún no entiendo el porqué concederme a mí este poder.